

de inspirarnos el minúsculo rezago de tanta pompa, que manchado de cárdenas vetas estoy aquí contemplando. Donde las cifras del examen químico solamente registran óxidos y carbonatos de una especie calcárea, propia de colección mineralógica, los ojos del espíritu, hechizando la reliquia, expanden visiones de las edades pretéritas.

Quién hubiera entonces imaginado que al cabo de diez y nueve siglos ese pobre desecho marmóreo franquearía las Columnas de Hércules y costearía las Islas Afortunadas que adivinó Eratóstenes en el mar de los Atlantes, para ir todavía más lejos a despertar el pensamiento del pasado, haciéndole vislumbrar a un incógnito habitante del mundo nuevo, el esplendor y ocaso del mundo antiguo.

JUAN C. GARCIA  
Presbítero.

---

### COMO TODOS LOS DIAS....

---

Como todos los días, al iniciarse la bajamar, Lita y Celuca, las hijas de Tonio, *el Greñudo*, cogieron sus cestas y sus refeles, y salieron calle abajo brincando alegremente.

Y, como todos los días, desde la puerta del tugurio que les servía de cobijo, se alzó, amonestadora y grufona, la voz de la madre:

—Contad con que si padre vos coge de palique con la rapaza de Andresuco, vos desloma....

Lita y Celuca se encogieron de hombros, como todos los días, y, como todos los días, dieron un rodeo para no toparse con su padre, que, casi indefectiblemente, estaba de guardia en la entrada de la taberna de los

soportales, chupando la ahumada cachimba y apurando con orden invariable: copitas de aguardiente, a primera hora; vasos de vino blanco, a media mañana; jarros de tintillo, por la tarde, y otra vez copitas de aguardiente tan pronto como se encendían las luces. Y era lo portentoso que jamás se emborrachaba aquel animalote, de hercúleo corpachón y revuelta barba, que atendía—cuando le daba la repotente gana de atender—por el nombre de Tonio o por el mote de *Greñudo*.

Claro es que por bien que se presentaran las temporadas del bonito y de las albacoras, por mucho que abundase el bocarte, por pingües que fueran los lances de sardinas y por productivas que resultasen las salidas a langostas y a lenguados, y aun cuando las lubinas picaesen y se dejaran atrapar tontamente las doradas y hasta los recelosos mugles, en casa de Tonio el pan era artículo de lujo, pues todas las ganancias de la pesca iban derechamente al cajón del tabernero, suministrador de las copitas, vasos y jarros que, por turno riguroso, trasegaba el bárbaro *Greñudo*.

En vano su resignada esposa, la pobre Márgara, se mataba trabajando en las fábricas de conservas, en el lavadero y acudiendo como guisandera a las casas donde había que festejar, con comilonas, bodas, bautizos o cumpleaños. En el mísero hogar del insaciable bebedor nunca se registró el caso de que la familia almorzase y cenase en un mismo día. Lo corriente, lo ordinario, era pasar del almuerzo del sábado a la cena del lunes, sin tropezar con cosa de mayor substancia que alguno que otro mendrugo.

Cuando Lita y Celuca bajaron la rampa del malecón, el azulante espejo de la ría de San Vicente estaba quebrándose en espejuelos de charchas, lagunillas

y regatos, que lucían, como pintorescas molduras, montones de algas verdinegras.

Descalzas de pie y pierna, dando al aire las remendadas sayuelas cenizas, las chiquillas, hollando la arena húmeda, emprendieron la faena. Celuca corrió veloz hacia el robusto puente de la Maza, y, al mismo pie de los estribos, lanzó los reteles, lastrados con piedras y cebados con cabezas de sardinas y con cangrejos despanzurrados. De vez en cuando izaba los toscos artilugios y recogía unos cuantos cangrejos que habían caído al olor del desperdicio de las sardinas y un puñado de esquilas (quisquillas) seducidas por la golosina de los cangrejos despanzurrados. Y las mismas esquilas servían para atraer a los cangrejos, y a su vez los cangrejos eran el mejor atractivo para las esquilas. Alternando con las operaciones de aquella fácil pesca, Celuca escarbaba, removía el légamo y sacaba *usanas*, lombrices de tierra que serían empleadas para tentar la voracidad de los peces glotones.

Mientras tanto, Lita, a la orilla de un canalejo, realizaba una tarea capaz de admirar a un observador inexperto. Rápidamente, con destreza insuperable, hundía en la arena un recio alambre rematado por un rejoncillo; lo agitaba un instante y lo extraía, arrancando del arpón un objeto que se asemejaba a una navaja cerrada con cacha de hueso: un muergo, marisco excelente para cebo y no despreciable como aliciente para un arroz.

Cuando tuvo la cesta más que mediada de muergos, Lita deslizóse hasta los pilarotes del puente, y con gran prisa, temerosa del regaño o del tirón de orejas que le propinaría el caminero si llegaba a sorprenderla, aplicóse a raer con un cuchillo los ennegrecidos sellares

del vetusto puente. A poco rato el delantal de la niña estaba repleto de raeduras: de almejas chiquirrititas....

Y en el punto en que las dos hermanas, las *Gaviotas*— que gaviotas parecían y como gaviotas se afamaban en la recogida de los despojos abandonados por la mar,— se disponían a «espumar» con redzuelas las charcas, para cosechar algún pez que allí hubiese quedado prisionero al retirarse las aguas, alzóse vibrante la voz cantarina y cariciosa de su mejor amiga, de su hermana por ley de cariño, de Mariucha, la hija de Andresuco.

A las voces de su compañerita, que, como todos los días, las llamaba desde el puente, Lita y Celuca irguiéronse y se dieron cuenta del fenómeno que se estaba realizando: el reflujo se había detenido, contrarestando por una intempestiva y tremenda pleamar, que lanzaba olas enormes en la anchurosa ría. Por el cielo rodaban tenebrosos nubarrones, y, más allá de la temida barra, el cielo y el agua se confundían, como si arriba y abajo todo se hubiese convertido en montañas flotantes, prontas a embestirse fieramente.

—¡La galerna!—clamó, asustada, Celuca.

—¡La galerna! Pero padre no ha salido hoy—dijo Lita.

Y las dos muchachuelas subieron en cuatro saltos a reunirse con Mariucha.

La ría, momentos antes poblada por docenas de rapaces y de rapazas, que se dedicaban al mismo trabajo que las *Gaviotas*, hallábase desierta. Las olas tornaban a adueñarse de las posiciones recién abandonadas, pero había violencia y cólera en aquella reconquista; había como un desencadenamiento de fuerzas que sacuden la esclavitud y aspiran a tiranizar.

Mariucha y sus amigas consagraron un instante a contemplar el soberbio espectáculo del mar, que se en-

cabritaba foscamente al sentir los restallantes latigazos de la borrasca.

—¡Da como miedo!—murmuró Celuca, empavorecida.

—¡A la plaza llega hoy!—afirmó Lita, cubriéndose la cabeza con un pañuelo, para forjarse la ilusión de que se resguardaba de las gruesas gotas que principiaban a caer.

—¡Al Puente Nuevo!—ordenó Mariucha,—y las *Gaviotas* arrancaron a correr detrás de su amiga y protectora.

Y en el Puente Nuevo, después de dar un vistazo a todas las embarcaciones, que habían reforzado las amarras, Mariucha palideció densamente y reanudó la interrumpida carrera, gimiendo y sollozando con entrecortado acento:

—¡La Santa María! ¡La Santa María! ...

—¡Pobretuca!—murmuró uno de los marineros acodados en el pretil.—¡Pobretuca! Si Andrés no ha podido encontrar refugio, hoy acabó para siempre de patronear su barca ...

Veloz, con la velocidad de la desesperación, Mariucha avanzaba por el caminejo que corre a lo largo de la marisma destinada a convertirse en muelles. Ya la galerna alcanzaba proporciones capaces de poner espanto en los más rudos pechos; el oleaje saltaba hasta el porche del santuario de la bendita Virgen de la Barquera.

Al pasar, la hija de Andresuco gritó con voz desgarradora:

—¡Salva a mi padre, Santa Madre de Dios! ¡Sálvame!

Cuando las tres muchachas ganaron la altura de la punta de la Espina, quedáronse inmóviles, paralizadas,

sobrecogidas de espanto. La ría era como un calderón colosal que borbollaba, arrojando espumas, elevando cortinas de agua, levantando vapor blanquecino. El viento, iracundo, arremetía contra la marejada, empujándola, pulverizándola, obligándola a arremolinarse, y las nubes, plomizas, se desgajaban en turbiones, se entreabrían, deslumbrando con claridad siniestra, y se rasgaban con el fatídico zigzag del rayo.

Empapadas por los aguaceros, jadeantes y sudorosas por su carrera desatentada, las *Gaviotas* lograron dar alcance a Mariucha al pie de la vertiente, casi a la entrada del vivero de la langosta, allá donde se amontonan los bloques que los barrenos arrancan a las entrañas de la cantera.

Juntas, muy juntas, apretaditas, las chiquillas pasaron por la vía tendida para las vagonetas de acarreo, y al cabo llegaron al espigón.

Allí había hasta media docena de hombres, entre los cuales se destacaba el hercúleo corpachón del *Greñudo*.

Reinaba silencio solemne; quilla al cielo, zarandeábase a pocos metros la *Santa María*, la barca de Andresuco.

En lo humano no existía posibilidad de prestar auxilio eficaz a los tripulantes; la funesta barra cerraba el camino a cualquier intento de salvación.

Chorreando de pies a cabeza, los pescadores agrupados en el espigón, acechaban el momento propicio para lanzar cinturones salvavidas, para arrojar cabos, para ofrecer algún socorro a sus invisibles hermanos, que, seguramente, a corta distancia, se hallaban entre la vida y la muerte, más cerca mucho más cerca de ésta que de aquélla.

En un brevísimo paréntesis de calma, divisóse, tum-

bado de espaldas sobre el lomo de una ola, con los brazos abiertos, en cruz, un mocetón imberbe.

—¡El *Vencejo!* ¡En paz descansen!—dijeron gravemente los pescadores, quitándose las boínas al descubrir el cadáver del infortunado compañero.

Detrás del *Vencejo*, entre un remolino de espuma, asomó algo así como un ovillo rojizo: una cabeza pelirroja.

—¡Andrés!—refunfuñó el *Greñudo*.

Mariucha cayó desplomada, sin conocimiento, al oír el nombre de su padre.

Llovieron salvavidas y cabos en torno del pelirrojo.

—¡Se atrancó! No hay quien lo salve—observó uno de los del grupo.

El oleaje se llevó a Andresuco, lo acercó de nuevo, tornó a alejarlo, y cada segundo acrecía el peligro de que lo estrellase contra los bloques del espigón.

El *Greñudo* se rascaba ferozmente la cabeza, mostrando lástima y complacencia a la vez. Los instintos bestiales se sobrepusieron a los sentimientos de humanidad, y el bárbaro bebedor rezongó satisfecho:

—Suyo era el mundo; me quitó la novia; llegó a patrón de barca y tenía dineros. Ya está peor que yo... ¡Ya no tiene ni esto!,—y se mordió brutalmente la ennegrecida uña del pulgar.

Y en aquel mismo instante, Lita, la mayor de las *Gaviotas*, al recordar las dádivas y cariños que siempre le prodigó Mariucha, saltó bravamente al agua desde el espigón, clamando con acento opaco, de sublimidad trágica;

—¡Yo lo salvaré!

Sobre los lamentos de angustia del grupo tronó una furibunda imprecación del *Greñudo*.

El cuerpecito de la niña había ido a caer junto al

ovillo rojizo, y allí también fue a dar el corpachón del padre....

Y cuando, algunas horas más tarde, Lita sonreía y lloraba en brazos de Andresuco, en casa de Andresuco, festejada como salvadora del patrón de la *Santa María*; y cuando más luégo, como todos los días, jugaban fraternalmente las tres niñas, el *Greñudo*, descargándose un bárbaro puñetazo en el peludo pecho, rugió, ya domado y manso, cual la mar después de la galerna:

—¡Cajiga y recajiga! Y ya es la hora del tinto.... ¡Como todos los días!

M. R. BLANCO-BELMONTE

(De *Raza Española*).

## PROPIEDAD DEL SUBSUELO PETROLIFERO (1)

DE CÓMO EVOLUCIONÓ LA PROPIEDAD DEL SUBSUELO  
BAJO EL NUEVO REGIMEN DEL 86

En el año de 1886 terminó el período federal y la República de Colombia se reconstituyó en forma de República unitaria (artículo 1.º de la C. N.) El territorio con los bienes públicos que de él formaban parte, quedó perteneciendo únicamente a la Nación. Las secciones que componían la Unión Colombiana, denominados Estados y Territorios nacionales, tomaron la denominación de Departamentos (artículo 4.º) Los bienes,

(1) Fragmento de la tesis presentada para optar al título de doctor en jurisprudencia.